

letra inicial o capitular ocupaba una página entera y se ornamentaba con pan de oro y complicados entrelazados o ilustraciones que parecen responder a un entretenimiento caprichoso del copista para romper con la monotonía.

Para ilustrar adecuadamente disponían de compás, regla, escuadra y pincel. Se esbozaba el tema con un punzón y para los detalles se utilizaba la pluma y la tinta junto a los instrumentos anteriormente citados. Finalmente el color se aplicaba con un pincel fino.

Terminadas las ilustraciones se procedía a la encuadernación. Se cosían los pliegos y se cubrían con hojas de piel o con tapas de madera forradas de cuero. Normalmente no se decoraban, aunque en códices muy lujosos se confeccionaban tapas adornadas con gemas, marfiles y herrajes de metales preciosos.

La importante fuente de ingresos que suponía para el monasterio la perfección de esta labor, hizo que se destinara una habitación para uso exclusivo de los copistas: el escritorio. En algunos casos se trataba de la única estancia cálida en invierno, pero generalmente era un lugar aislado para evitar ruidos y visitas inoportunas que distrajeran de la tarea e incluso se prohibía encender fuego para reducir riesgos por los materiales que se guardaban allí. Así, los monjes copistas lograban desentumecerse las manos, por el frío, con ladrillos calientes. Esta situación especialmente dura de la labor del copista, queda reflejada en un párrafo correspondiente a un texto del siglo XII:

“...déjame decirte que el trabajo es duro: nubla la vista, encorva la espalda, aplasta la barriga y las costillas, tortura los riñones y deja todo el cuerpo dolorido (...) Como el marino que vuelve, por fin, al puerto, el copista se alegra cuando llega a la última línea”.

La cultura, en la Europa cristiana, fue patrimonio de los monjes durante casi 500 años. La expansión cultural rebasó los monasterios en el siglo XIII. El aumento de producción agrícola y el desarrollo de los oficios artesanales, junto a la inquietud de ciertas órdenes religiosas por enseñar a la población la doctrina cristiana, llevó a la constitución de escuelas catedralicias que se convirtieron en el paso previo a las universidades. Los códices que hasta entonces se referían a liturgias cristianas se convirtieron en manuales de derecho, medicina y libros de literatura romance.

Esta expansión despertó las inquietudes por conocer y aprovechar la rica cultura clásica que durante tantos años permaneció olvidada.

Era el comienzo del Renacimiento. ■

